



habla

habla

LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS - LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES

México, primera edición, septiembre de 2017
Los hombres me explican cosas © Rebecca Solnit, 2012
Título original: *Men Explain Things to Me*
La voz pública de las mujeres © Mary Beard, 2014
Título original: *The Public Voice of Women*
De la traducción © Marina Álamo Bryan, 2017

D.R. © 2017
Ediciones Antílope S. de R. L. de C. V.
Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec,
del. Miguel Hidalgo, 11850, Ciudad de México, México
www.edicionesantilope.com

Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, del. Coyoacán,
04510, Ciudad de México, México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Av. Universidad s/n, Circuito 2, col. Chamilpa,
62210, Cuernavaca, Morelos, México
www.crim.unam.mx

DISEÑO Y FORMACIÓN
Adriana García Noriega

ILUSTRACIÓN
Renuka Rajiv

ISBN: 978-607-xx-xxxx-x (UNAM)
ISBN: 978-607-xx-xxxx-x (Ediciones Antílope)

Impreso y hecho en México



CRIM

ANTÍLOPE



ANTÍLOPE

habla

LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS
REBECCA SOLNIT

Traducción: Marina Álamo Bryan
Ilustración: Renuka Rajiv

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2017

desDÓBLE



INTRODUCCIÓN

MARGARITA VELÁZQUEZ GUTIÉRREZ

Los años sesenta del siglo XX fueron testigos del surgimiento de la llamada segunda ola del feminismo en el mundo. En ese momento, millones de mujeres alrededor del planeta comenzaron a exigir ser tratadas con igualdad y en apego a sus derechos humanos, los cuales, a reserva de ser reiterativa, son también derechos de las mujeres. A más de cuarenta años de iniciados esos movimientos, hoy en día miles de activistas y académicas feministas siguen trabajando para identificar las fuentes de

opresión femenina que promueven y mantienen las desigualdades de género. Transitando distintos territorios, estos esfuerzos renuevan y reinventan de forma constante manifestaciones sociales y culturales cuyo propósito es erradicar las causas de la opresión, buscando generar una sociedad fundada en la justicia y la igualdad. Así, en pleno siglo XXI —y cada vez con más fuerza— las voces que exigen la observancia de los derechos de las mujeres mantienen vigencia y ganan espacios.

Hoy, los debates alrededor de la igualdad de género se han multiplicado. Abundan los foros y espacios en donde se discuten estrategias para continuar con las luchas feministas. En este contexto, resulta esencial difundir las ideas y los aportes conceptuales que se realizan en los ámbitos académicos —tanto nacionales como internacionales— para hacerlos llegar a las mujeres, incluso más allá de estos espacios. Así, la difusión del conocimiento, más que una tarea universitaria primordial, se convierte en un deber universitario. Acercar a las generaciones más jóvenes elementos que les

permitan conocer y entender las raíces de estos movimientos contribuye a repensar estrategias a futuro, incitando a la construcción de sociedades sostenibles, justas e igualitarias.

Los dos ensayos feministas que conforman este libro —“Los hombres me explican cosas” y “La voz pública de las mujeres”— fueron publicados originalmente en inglés por Rebecca Solnit y Mary Beard. Ambas autoras provienen de una formación académica, pero su intención es, por medio de la literatura, hacer accesible la discusión feminista a todas las mujeres.

Rebecca Solnit, nacida durante la década de los años sesenta, es escritora, historiadora, activista, feminista y ambientalista estadounidense. Su ensayo “Men Explain Things to Me”, publicado en *TomDispatch* y traducido en esta edición como “Los hombres me explican cosas”, se convirtió desde el momento de su publicación en 2008 en un hito del movimiento feminista contemporáneo. Solnit ejemplifica con ironía la forma en que los hombres utilizan un discurso condescendiente para silenciar

y ejercer poder sobre las mujeres, incluso en el ámbito cultural, de aparente igualdad y apertura. La popularidad del ensayo dio pie al término *mansplaining* —un neologismo con traducción incierta, que se ha trasladado al español como machoexplicar, hombre-explicar, manxplicar e incluso androplicar—. El concepto se utiliza hoy en día como moneda corriente para describir el tono pedagógico que utilizan ciertos hombres al hablar de temas sobre los cuales sus interlocutoras mujeres poseen mayor conocimiento, mientras ellos se asumen como expertos.

Mary Beard nació a mediados de los años cincuenta y es profesora de estudios clásicos en la Universidad de Cambridge. Una de las historiadoras más relevantes del mundo contemporáneo, fue galardonada con el Premio Princesa de Asturias en Ciencias Sociales en 2016. “Oh, Do Shut Up Dear!” es el título original de la conferencia que la historiadora inglesa dictara en el Museo Británico en 2014, que posteriormente se publicara en el *London Review of Books* como “The Public Voice of

Women”, y que aquí se traduce como “La voz pública de las mujeres”. En este texto, Beard se remonta a la *Odisea*, una de las obras literarias fundacionales de la cultura occidental, para señalar la escena en la que Telémaco, hijo de Odiseo, calla en público a su madre, Penélope. Desde este punto de partida, el texto rastrea hasta nuestros días esta imagen del hombre que calla a la mujer, reflexionando sobre la idea, todavía preponderante, de que las mujeres tienen derecho al chisme, pero no al discurso.

Ambos ensayos denuncian la violencia que se ejerce sobre la voz de las mujeres, como una forma más de subordinación —el primero señalando la dominación de la voz de los hombres, el segundo denunciando el silenciamiento de la voz de las mujeres—. El derecho de las mujeres al ejercicio del habla, el diálogo, el debate y la discusión sigue siendo violentado en las sociedades contemporáneas. Ante esta situación, ambas autoras otorgan herramientas que permiten identificar tanto la arrogancia aparentemente cariñosa como el silencio impuesto con premeditación.

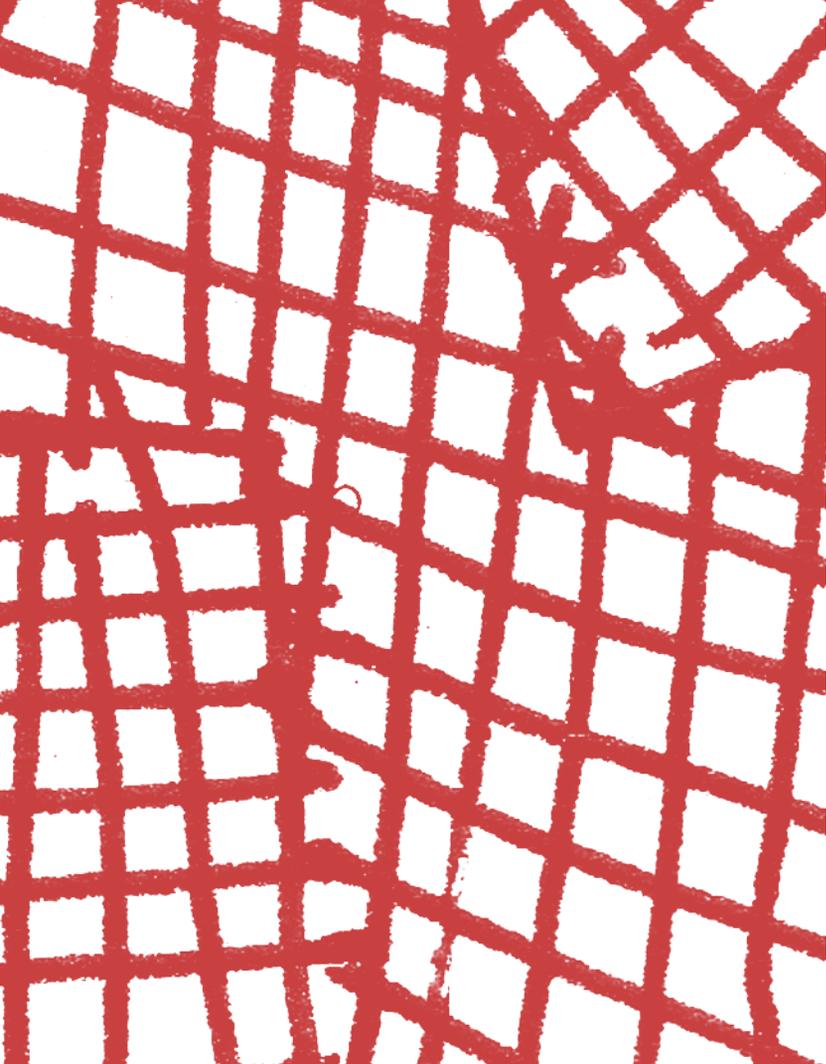
En México, como en otros países del mundo, en los últimos años hemos visto a grupos de mujeres jóvenes que insisten en hacer pública su voz, que buscan denunciar y transformar la misoginia que todavía subordina, calla y relega. A través de las redes sociales, movimientos como #RopaSucia, #ClubDeTobi y #MiPrimerAcoso y #SiMeMatan por nombrar algunos, se han convertido en manifestaciones de mujeres jóvenes que reclaman su lugar en la sociedad, que exigen derechos y defienden la pertinencia de su voz.

Ediciones Antílope se caracteriza por publicar en gran parte a autoras y autores jóvenes, dirigiéndose a un público joven, con un diseño estético atractivo que busca dar voz a una nueva generación y aportar a la circulación de sus ideas. La importancia de este libro —que reúne estos dos ensayos gemelos, ilustrados por la artista tamil Renuka Rajiv— radica, entre otras cosas, en una búsqueda por otorgar a jóvenes mujeres mexicanas herramientas y contexto para librar sus propias batallas por hacerse escuchar.

Para el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la Universidad Nacional Autónoma de México, resulta crucial apoyar esfuerzos de divulgación que incidan en la construcción de mejores sociedades. Por ello, en coedición con Ediciones Antílope —joven proyecto editorial conformado por cuatro mujeres y un hombre— el “Programa de género y equidad” del CRIM decidió apoyar este proyecto que busca visibilizar un tema en extremo relevante para nuestra sociedad actual. Esperamos, con ello, aportar no sólo a la difusión de materiales académicos dirigidos a mujeres jóvenes, sino apoyar también esfuerzos editoriales de las y los jóvenes, buscando contribuir a la igualdad de género y la justicia social.

Cuernavaca, Morelos, México

Abril de 2017



LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS
REBECCA SOLNIT

Sigo sin entender por qué Sallie y yo nos tomamos la molestia de ir a esa fiesta en las colinas boscosas cerca de Aspen. Todos los invitados eran mucho mayores y aburridos, aunque de un modo distinguido. Nosotras, ya cercanas a los cuarenta, resultamos ser las jovencitas del evento. La casa era magnífica —si lo tuyo son los chalés estilo Ralph-Lauren—, una cabaña lujosa y rústica, a tres mil metros sobre el nivel del mar, con todo y cuernos de alce, un montón de alfombras orientales y una estufa de leña. Nos preparábamos para salir cuando

nuestro anfitrión dijo: “No, quédense un poco más, para que pueda platicar con ustedes”. Se trataba de un hombre imponente y adinerado.

Nos hizo esperar mientras otros invitados avanzaban hacia la noche veraniega, hasta que por fin nos invitó a tomar asiento en su mesa de madera, auténtica y artesanalmente defectuosa, y se dirigió a mí. “Me cuentan que has escrito un par de libros”.

“De hecho, varios”, le respondí.

Después de escucharme, y con el tono entusiasta que uno usaría al dirigirse a una niña de siete años para hablar de sus clases de flauta, me preguntó: “¿Y de qué tratan?”

Los que se habían publicado, seis o siete para ese entonces, trataban sobre una variedad de temas diferentes, pero en ese día de verano de 2003, empecé a hablar sobre el más reciente, *Río de sombras: Eadweard Muybridge y el viejo oeste tecnológico*¹, mi libro

¹ *River of Shadows: Eadweard Muybridge and the Technological Wild West*, New York, Viking, 2003. Inédito en español. [Todas las notas son de la traductora.]

sobre la industrialización de la vida diaria y la aniquilación del tiempo y el espacio.

Poco después de que mencionara a Muybridge, el hombre me interrumpió: “Y estás enterada de que este año se publicó un libro *muy importante* sobre Muybridge?”

Estaba yo tan absorta en el rol de ingenua que me había sido asignado, que estuve perfectamente dispuesta a considerar la posibilidad de que otro libro sobre el mismo tema se hubiera publicado al mismo tiempo que el mío y de algún modo yo no me hubiera enterado. Mientras tanto, él ya me estaba explicando todo acerca de ese libro tan importante —con la mirada pretenciosa que identifico tan bien en un hombre cuando empieza a hablar sin parar, los ojos fijos en el horizonte difuso y lejano de su propia autoridad—.

Aquí resulta importante establecer que mi vida está espolvoreada de hombres maravillosos, de una larga sucesión de editores que me han escuchado, animado y publicado desde que era joven, de la generosidad infinita de mi hermano menor,

de amigos espléndidos de quienes podría decir, hablando de cada uno, que “con gusto aprendía y con gusto enseñaba” —como el erudito de Los cuentos de Canterbury, a quien todavía recuerdo tras conocerlo en el curso sobre Chaucer del Profesor Pelen—. Pero están también estos otros hombres. Así que don Muy Importante seguía de fanfarrón hablando sin parar sobre ese libro que yo tendría que conocer, cuando Sallie lo interrumpió para decir: “Ése es su libro”. O bueno, en todo caso, intentó interrumpirlo.

22 Él siguió en lo que estaba. Ella tuvo que repetir “Ése es su libro” tres o cuatro veces antes de que él finalmente pudiera digerir la información a plenitud. Y entonces, cual si estuviéramos en una novela decimonónica, palideció por completo. Las categorías lípidamente delimitadas que organizaban su mundo se confundieron tan inmensamente ante el hecho de que yo, en efecto, resultara ser quien había escrito aquel libro tan importante —que él en realidad no había leído y que sólo conocía tras haber leído sobre él en el *New York Times Book*

Review hacía unos meses— que se quedó sin palabras por un instante, antes de seguir hablando, sin parar, nuevamente. Al ser mujeres, nos aseguramos de estar a una distancia prudente antes de carcajearnos. Y realmente no hemos parado de reír desde entonces.

Me gustan este tipo de incidentes, aquellos donde fuerzas que por lo general resultan escurridizas y difíciles de señalar salen a rastras, desde lo hondo del pastizal, y se vuelven tan obvias como una anaconda que se comió a una vaca o un mojón de mierda de elefante en medio de la alfombra.

LA PENDIENTE RESBALOSA DEL SILENCIAMIENTO

Sí, hay personas de ambos géneros que se plantan en eventos públicos para hablar sin parar sobre temas irrelevantes y teorías de conspiración. Pero la total, absoluta y beligerante confianza de quien en realidad es por completo ignorante resulta, en mi

experiencia, una cuestión de género. Los hombres me explican cosas, a mí y a otras mujeres por igual, sin importar que sepan o no de qué están hablando. Algunos hombres.

Toda mujer sabe de lo que estoy hablando. Se trata de esa arrogancia que hace que las cosas se vuelvan difíciles, a veces, para cualquier mujer en cualquier profesión; la que incita a las mujeres a no hablar e impide que sean escuchadas cuando se atreven a hablar; ésa que silencia con fuerza a las mujeres jóvenes diciéndoles, de la misma forma en que lo hace el acoso callejero: “Éste no es tu mundo”. Nos entrena para limitarnos y dudar de nosotras mismas, mientras propicia un injustificado exceso de seguridad en los hombres.

No me sorprendería que la incapacidad para escuchar a Coleen Rowley, la mujer que trabajaba para el FBI y emitió las primeras advertencias sobre Al Qaeda, determinara parte de la trayectoria de la política de los Estados Unidos desde 2001. Sin duda estuvo marcada por el gobierno de Bush, a quien no se le podía decir nada, incluyendo el



hecho de que Irak no tenía vínculos con Al Qaeda ni armas de destrucción masiva y que la guerra no iba a ser “pan comido”. (Ni siquiera los expertos que eran hombres pudieron penetrar esa fortaleza de soberbia.)

Puede que la arrogancia haya tenido algo que ver con la guerra, pero el síndrome al que me refiero es una guerra que prácticamente cualquier mujer debe enfrentar a diario, una guerra que ocurre dentro de una misma y donde prevalece un sentimiento de insignificancia, la invitación al silencio, una batalla de la cual ni siquiera una carrera bastante exitosa como escritora (repleta de mucha investigación e información empleada correctamente) me ha logrado salvar del todo. En definitiva, hubo un momento donde estuve dispuesta a permitir que don Muy Importante y su exceso de confianza en sí mismo derribaran mi propia certeza, mucho más endeble.

No olvidemos que yo he recibido mucha más confirmación de mi derecho a pensar y hablar que la mayoría de las mujeres. He aprendido también

que dudar de una misma hasta cierto punto puede ser una buena herramienta para corregir, entender, escuchar y avanzar —pero dudar demasiado paraliza, mientras que la confianza absoluta produce idiotas arrogantes—. Hay un justo medio entre estos polos hacia los cuales los géneros han sido orillados, un cálido cinturón ecuatorial de estira y afloja, donde todos deberíamos encontrarnos.

Ejemplos mucho más extremos que esta situación existen, por ejemplo, en países de Medio Oriente donde el testimonio de una mujer no tiene validez jurídica: una mujer no puede declarar que fue violada. Requiere de un testigo, que sea hombre, para contraargumentar la versión del hombre violador, cosa que rara vez sucede.

La credibilidad es una herramienta fundamental de supervivencia. Cuando yo aún era muy joven y apenas empezaba a entender de qué se trataba el feminismo y por qué era necesario, tenía un novio cuyo tío era físico nuclear. Una navidad, el tío nos contó —cual si fuera una historia de lo más ligera y divertida— que en su comunidad suburbana

dedicada a la fabricación de bombas, la esposa de un vecino había salido desnuda, corriendo de su casa en medio de la noche, gritando que su esposo estaba tratando de matarla. Pregunté cómo sabían que el esposo no estaba tratando de matarla. Él me explicó, pacientemente, que ahí sólo vivían personas respetables de clase media. En consecuencia, que-su-esposo-estuviera-tratando-de-matarla no era una explicación creíble para el acto de salir corriendo de la casa gritando que su esposo estaba tratando de matarla. Es decir que, más bien, estaba loca...

Incluso obtener una orden de restricción —un instrumento legal bastante nuevo— requiere que una tenga la credibilidad necesaria para convencer a un juez de que un tipo constituye una amenaza y después lograr que la policía haga cumplir esa orden. Y, de todas formas, las ordenes de restricción muchas veces no sirven de nada. Una forma de silenciar a las personas es a través de la violencia, negándoles voz y credibilidad, imponiendo el derecho a controlarlas por encima de su derecho a

existir. Cerca de tres mujeres al día son asesinadas por sus parejas o exparejas en Estados Unidos². Es una de las causas principales de muerte entre mujeres embarazadas. La necesidad de darle credibilidad a las mujeres y de construir condiciones para que sean escuchadas se encuentra en el corazón de la batalla feminista por tipificar como crímenes actos como la violación, la violación durante citas románticas, la violación en el matrimonio, la violencia doméstica y el acoso sexual en los lugares de trabajo.

Tiendo a creer que las mujeres adquirimos la condición de seres humanos cuando este tipo de actos comenzaron a tomarse en serio. Cuando empezamos a enfrentar por la vía legal las cosas grandes que nos detienen y nos matan, desde mediados de la década de 1970 en adelante. Es decir, mucho después de que yo naciera. Y para aquellos que estén a punto de argumentar que el acoso

.....
² Las cifras más recientes indican que en México siete mujeres son asesinadas al día, un gran número de ellas a manos de sus parejas o exparejas.

sexual en el trabajo no pone en riesgo la vida de nadie, recordemos que todo parece indicar que un colega de mayor rango asesinó a Maria Lauterbach, una soldado de primera clase de la Marina de Estados Unidos de veinte años, durante una noche de invierno, mientras ella esperaba para testificar en su contra por violación. Los restos quemados de su cuerpo embarazado fueron encontrados en el fogón del patio trasero de él.

Que se afirme, categóricamente, que él sabe de qué está hablando y ella no, sin importar cuan nimia resulte esa parte de la conversación, perpetúa la fealdad de este mundo y sofoca su luz. Después de la publicación de mi libro *Wanderlust. Una historia del caminar*, en el año 2000, me descubrí a mí misma mucho mejor preparada para resistir a esa intimidación que me separaba de mis propias percepciones e interpretaciones. En dos ocasiones durante esa época me opuse al comportamiento de un hombre, tan sólo para que se me dijera que esos incidentes no habían sucedido en absoluto como yo los describía, que yo estaba siendo

subjetiva, delirante, exagerada, deshonesta —en resumen, mujer—.

Durante casi toda mi vida hubiera dudado de mí misma y me hubiera echado para atrás. Tener un lugar en el espacio público como escritora de historia me ayudó a defender mi posición, pero pocas mujeres tienen ese empujón. Debe haber miles de millones de mujeres, en este planeta de siete mil millones de personas, a quienes se les insiste que no son testigos confiables de sus propias vidas, que la verdad no es de su propiedad, ni ahora ni nunca. Esto va mucho más allá de los hombres explicando cosas, pero forma parte del mismo archipiélago de arrogancia.

Los hombres me explican cosas, todavía. Y ningún hombre jamás me ha pedido disculpas por explicarme, mal, cosas que yo sé y ellos no. Aún no ha sucedido, pero, de acuerdo con los cálculos de los actuarios, es posible que me queden unos cuarenta y tantos años de vida por delante, más o menos, así que podría suceder. Aunque no tengo muchas esperanzas.



Actitudes de
los animales
en movimiento

MUJERES LUCHANDO EN DOS FRENTES

Unos cuantos años después del encuentro con el idiota en Aspen, me encontraba en Berlín dando una conferencia cuando el escritor marxista Tariq Ali me invitó a una cena donde estaban un hombre, escritor y traductor, y tres mujeres un poco más jóvenes que yo, quienes se mantuvieron corteses y silenciosas durante toda la cena. Tariq era genial. Tal vez el traductor se sintió irritado porque yo insistiera en jugar un rol modesto dentro de la conversación, pero cuando dije algo acerca de cómo Mujeres en Huelga por la Paz³ —el extraordinario y casi por completo desconocido grupo de pacifistas antinucleares que se fundara en 1961— había logrado derribar la cacería de brujas anticomunista del Comité de Actividades Antiestadounidenses⁴, don Muy Importante II se burló de mí. El Comité, insistió, no existía en los primeros años de la década

³ *Women Strike for Peace*

⁴ *House Committee on Un-American Activities*, o HUAC, por sus siglas en inglés.

de 1960; y de todas formas, ningún grupo de mujeres jugó tal papel en su disolución. Su desdén era tan fulminante, su confianza tan agresiva, que discutir con él me pareció un escalofriante ejercicio de futilidad, y abrirle la puerta a otra serie de insultos.

Creo que para ese entonces ya había llegado al libro número nueve, incluyendo uno que hacía uso de fuentes primarias y entrevistas con miembros clave de Mujeres en Huelga por la Paz. Pero los hombres que explican siguen suponiendo, en una suerte de obscena metáfora del embarazo, que yo soy tan sólo un contenedor vacío, listo para colmarse de su sabiduría y conocimiento. Un freudiano afirmarí­a saber qué tienen ellos y qué yo no. Pero la inteligencia no se localiza en la entrepierna, incluso si logras escribir en la nieve con tu pito una de aquellas oraciones de Virginia Woolf —eternas y dulcemente musicales— sobre la sutil subyugación de la mujer. Ya de regreso en mi hotel, hice una búsqueda rápida en internet y encontré que Eric Bentley, en su historia definitiva sobre el Comité de Actividades Antiestadounidenses,

le atribuye a Mujeres en Huelga por la Paz haber “propinado el golpe crucial en la toma de la Bastilla del Comité”, en los primeros años de la década de 1960.

Así que comencé un ensayo, que después se publicaría en *The Nation* (sobre Jane Jacobs, Betty Friedan y Rachel Carson) con esa anécdota, en parte para exponer a uno de los hombres más desagradables que me hayan explicado cosas. Cáb­ron, si estás leyendo esto, debes saber que eres un absceso en la cara de la humanidad y un obstáculo para la civilización. Avergüénzate.

La batalla contra los hombres que explican cosas ha derribado a muchas mujeres de mi generación, de las generaciones más jóvenes a quienes necesitamos tanto, aquí y en Bolivia y en Java, sin hablar de las incontables mujeres que vinieron antes de nosotras y a quienes no se les dejó entrar al laboratorio, a la biblioteca, a la conversación, a la revolución o incluso a la categoría “ser humano”.

Después de todo, Mujeres en Huelga por la Paz fue creado por mujeres que se cansaron de servir

el café, de ser mecanógrafas y de no tener voz ni poder de decisión en el movimiento antinuclear en la década de 1950. La mayoría de las mujeres libran dos batallas en dos frentes: una por la causa que les concierne en el momento, y otra por el simple derecho de hablar, de tener ideas, de que se les reconozca como poseedoras de hechos y verdades, de ser valiosas, de ser humanas. Las cosas han mejorado, pero esta guerra no terminará mientras yo esté viva. Sigo en pie de lucha, por mí, sin duda, pero también por todas aquellas mujeres jóvenes que tienen algo que decir, por la esperanza de que un día tengan la oportunidad de decirlo.

CODA

En una cena en marzo de 2008 empecé a hacer chistes, como muchas otras veces, sobre la idea de escribir un ensayo llamado “Los hombres me explican cosas”. Toda persona que escribe tiene un establo lleno de ideas que nunca se convierten en

caballos de carreras. Yo había estado jugando con este pony de vez en cuando, nada más por diversión. Mi invitada a la cena, la brillante teórica y activista Marina Sitrin, insistió en que debía escribirlo porque personas como su hermana menor, Sam, necesitaban leerlo. Las mujeres jóvenes, dijo, necesitan saber que el hecho de ser menospreciadas no es resultado de sus propias fallas secretas, se trata más bien de la vieja guerra entre los géneros y nos ha pasado en algún momento a todas las que somos mujeres.

Temprano, a la mañana siguiente, lo escribí de una sentada. Cuando algo se articula así de rápido queda claro que se lleva escribiendo por sí solo y durante largo rato en algún recoveco inaccesible de la mente. Quería ser escrito; ansiaba salir a la carrera y galopó con alegría en cuanto me senté a escribir en la computadora. Dado que Marina se despertaba más tarde que yo en esos tiempos, serví el texto de desayuno y más tarde se lo envié a Tom Engelhardt de TomDispatch, quien lo publicó en línea al poco tiempo. Se propagó con velocidad y

nunca ha dejado de circular. Ha sido republicado, compartido y comentado. Ha circulado como ninguna otra cosa que haya escrito.

Hizo eco. Tocó una fibra sensible.

Algunos hombres decidieron explicar por qué el que los hombres expliquen cosas en realidad no es un fenómeno marcado por el género. Entonces, por lo general, fueron mujeres quienes les señalaron cómo al insistir en su derecho a desacreditar las experiencias que las mujeres decían vivir, ellos terminaban explicando precisamente de la misma forma en que yo digo que a veces explican. (Debo aclarar que sí creo que hay mujeres que también explican cosas en tono condescendiente, en ocasiones a hombres, entre otras personas. Pero de ninguna manera estos casos reflejan la enorme diferencia de poder que existe entre los géneros y que adopta formas mucho más siniestras, ni el amplio patrón que muestra cómo funcionan las diferencias de género en nuestra sociedad.)

Otros hombres entendieron. Después de todo, este texto se escribió cuando los hombres femi-



nistas se habían convertido ya en una presencia más significativa, y el feminismo era más divertido que nunca. Pero no todos sabían lo chistosos que eran. En 2008, recibí un correo electrónico de un hombre mayor de Indianápolis. Me escribió para decirme que él “jamás, personal o profesionalmente, había tratado de manera injusta a una mujer” y prosiguió a regañarme por no interactuar con “hombres más normales o al menos hacer un poquito de tarea antes”. Después me dio algunos consejos sobre cómo administrar mi vida y comentó en torno a mis “sentimientos de inferioridad”. Consideraba que ser tratada con condescendencia es una experiencia que las mujeres eligen vivir, y que podían elegir no tener que vivir —así que la culpa de todo era mía—.

Surgió una página de internet llamada “Los hombres académicos me explican cosas” y cientos de mujeres universitarias compartieron anécdotas de cómo eran tratadas con paternalismo y menosprecio en ese ámbito, de cómo los hombres hablaban por encima de ellas, y más. El término

“machoexplicar” se acuñó al poco tiempo de que se publicara el texto, y de vez en cuando se me ha dado crédito por su creación. De hecho, yo no tuve nada que ver con ello, aunque mi ensayo, y todos los hombres que ejemplifican el fenómeno, parecen haber inspirado el surgimiento del término. (Yo tengo mis dudas sobre el término y no lo uso demasiado; me parece que tiende hacia la idea de que los hombres son por naturaleza defectuosos en este sentido, más que indicar que algunos hombres explican cosas que no deberían explicar, y dejan de escuchar cosas que deberían escuchar⁵. Por si no ha quedado del todo claro en este texto, quiero precisar que a mí me encanta que las personas me expliquen cosas, si tienen conocimiento sobre el tema y me interesa y no lo conozco. Es cuando empiezan a explicarme cosas que yo sí sé, y ellos no, que la conversación fracasa.) Para 2012, “machoexplicar” —elegida como una de las palabras

.....
⁵*Mansplaining*, el término original en inglés, surge de la combinación de *man* (hombre) y *explain* (explicar). A raíz de esta observación de la autora, se traduce aquí como machoexplicar.

del año del *New York Times* en 2010— se utilizaba de manera cotidiana en el periodismo político.

Claro, esto fue porque se acoplaba bastante bien a los tiempos. TomDispatch volvió a publicar “Los hombres me explican cosas” en agosto de 2012. Por casualidad y más o menos de manera simultánea, el congresista republicano de Missouri, Todd Akin, hizo su infame declaración de que no era necesario legalizar el aborto en el caso de mujeres que hayan sido violadas, porque “si es una violación legítima, el cuerpo femenino tiene sus propias maneras de lograr que la cosa en sí deje de funcionar”. Esa temporada de elecciones estuvo repleta de enloquecidas declaraciones en defensa de la violación de parte de hombres conservadores dentro de la política. También estuvo llena de feministas que señalaban por qué el feminismo es necesario y por qué estos tipos eran de terror. Fue bonito formar parte de las voces que intervinieron en esa conversación; el ensayo tuvo un gran resurgimiento.

Ecos, fibras sensibles: el texto sigue en circulación incluso mientras escribo esto. El punto del

ensayo nunca fue sugerir que yo me siento particularmente oprimida. El punto era considerar cómo estas conversaciones son la punta de la cuña que abre espacios para los hombres y los cierra para las mujeres, espacios para hablar, para ser escuchado, para tener derechos, para participar, ser respetado, ser un ser humano libre y pleno. Ésta es una de las formas en que, a través del discurso cortés, se expresa el poder —el mismo poder que en el discurso descortés y en los actos físicos de intimidación y violencia, y muy a menudo en la forma misma en que el mundo está organizado— silencio, borra y aniquila a las mujeres como iguales, participantes, seres humanos con derechos y, en demasiadas ocasiones, como seres vivos.

La lucha por lograr que las mujeres sean tratadas como seres humanos con derecho a la vida, a la libertad, a participar en la arena de la política y la cultura, continúa. Y en ocasiones esa batalla ha sido desalentadora. Me sorprendí a mí misma al escribir el ensayo, pues abre con un incidente un tanto gracioso y termina en violación y asesinato.

Me dejó clara la continuidad que se despliega desde las más ínfimas desdichas de la interacción social, hasta el silenciamiento y la muerte violenta (me parece que entenderíamos la misoginia y la violencia contra las mujeres aún mejor si entenderíamos el abuso de poder como un todo, en lugar de tratar a la violencia doméstica como algo separado de la violación, del asesinato, del acoso y la intimidación, en línea, en casa, en el trabajo y en las calles. Al observar todo en conjunto, el patrón queda muy claro).

44

Tener el derecho de presentarse y hablar es un elemento fundamental para la supervivencia, la dignidad y la libertad. Estoy agradecida porque, tras una juventud de ser silenciada, en ocasiones con violencia, crecí hasta lograr tener una voz propia, circunstancias que me vincularán por siempre a los derechos de quienes no tienen voz.

habla

LOS HOMBRES ME EXPLICAN COSAS es el primer título de la colección DESDOBLE y pertenece a la serie Remoto. Se terminó de imprimir y encuadernar el mes de septiembre de 2017, en los talleres de imagen es creación impresa, ubicados en Oriente 241-a, núm. 28 bis, col. Agrícola Oriental, 08500, del Iztacalco, Ciudad de México, México. La edición consta de 500 ejemplares.

Vivas nos queremos.





habla

LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES

es el primer título de la colección DESDORLE y pertenece a la serie Remoto. Se terminó de imprimir y encuadernar el mes de septiembre de 2017, en los talleres de imagen es creación impresa, ubicados en Oriente 241-a, núm. 28 bis, col. Agrícola Oriental, 08500, del Iztacalco, Ciudad de México, México. La edición consta de 500 ejemplares.

Ni una menos.

postular preguntas mayores en torno a la naturaleza y el propósito del habla, masculina o femenina. Deberíamos tal vez tomarlo como una señal, y traer a la superficie el tipo de preguntas que solemos ignorar sobre cómo hablamos en público y por qué razón ciertas voces tienen cabida ahí. Tal vez necesitamos tomar conciencia de nosotros mismos, para dilucidar qué entendemos por voz autorizada y cómo la hemos construido. Necesitamos resolver eso antes de resolver cómo es que nosotras, Penélopes modernas, podemos encontrar formas de contestarle a nuestros Telémacos —o en todo caso, decidirnos a prestarle a la Señorita Triggs unos prendedores de cabello—.

orador público más poderoso del mundo romano. El escuadrón de la muerte que lo asesinó, llevó triunfalmente su cabeza y sus manos a Roma. Ahí se colgaron los pedazos de su cuerpo, sobre la plataforma de los oradores en el foro, para que todo el mundo los pudiera ver. Fue entonces, según cuenta la historia, que Fulvia, esposa de Marco Antonio, quien había sido víctima de algunas de las polémicas más devastadoras de Cicerón, fue a echar un ojo. Y cuando miró los pedacitos que quedaban de él, se quitó los prendedores del cabello y apuntó con ellos, una y otra vez, la lengua del hombre. Es una imagen desconcertante que uno de los objetos definitivos del adorno femenino, el prendedor, se utilizara como arma en el sitio preciso de la producción del discurso masculino — una suerte de Filomela a la inversa—.

Aquí quiero apuntar que estoy hablando de una tradición antigua con conciencia crítica de sí misma: no es que rete de manera directa el patrón básico que he delimitado, pero se compromete a revelar sus propios conflictos y paradojas, para

esta simplicidad y dieron indicios de resistencia. Ovidio puede haber silenciado a sus mujeres a través de transformaciones o mutilaciones, pero también sugirió que la comunicación transcendía a la voz humana y que las mujeres no podían ser silenciadas tan fácilmente. Filomela perdió su lengua, pero aun así encontró la forma de denunciar a su violador al tejer su nombre en un tapiz (razón por la cual a la Lavinia de Shakespeare le cortan tanto las manos como la lengua). Los retóricos más inteligentes de la Antigüedad estaban preparados para aceptar que las mejores técnicas masculinas de persuasión oral eran incómodamente similares (así lo veían ellos) a las de la seducción femenina. Preocupados, se preguntaba si, en ese caso, ¿podría estar la oratoria masculina en peligro?

Una anécdota particularmente sangrienta revela con gran claridad la guerra irresuelta entre los géneros que yace bajo la superficie de la vida pública y el espacio del habla. Durante las guerras civiles romanas que siguieron al asesinato de Julio César, incharon a Marco Tulio Cicerón, el polemista y

sigamos un camino del tipo “los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus”. Presiento que, si vamos a progresar con “la cuestión de la Señorita Triggs”, necesitamos volver a los principios básicos de la naturaleza de la autoridad del habla: qué la constituye, cómo y dónde hemos aprendido a detectar una voz con autoridad cuando la percibimos. Y más que incitar a las mujeres a tomar entrenamiento de voz para desarrollar lindos tonos, profundos, roncos y por completo artificiales, deberíamos pensar más en las grietas y fisuras que forman la base del discurso masculino dominante. Aquí, una vez más, los griegos y los romanos nos pueden resultar útiles. Si bien es cierto que la cultura clásica es en parte responsable de nuestras caras suposiciones en torno al discurso público y las cuestiones de género —el *mullos* masculino y el silencio femenino— también es cierto que algunos escritores antiguos resultaron ser mucho más reflexivos que nosotros acerca de esas suposiciones. Algunos incluso estuvieron subversivamente conscientes de lo que estaba en juego, les conflictuó

Quiénes logran hacerse escuchar muy a menudo adoptan alguna versión de la solución “andrógena” —como Maesia en el foro o Isabel en Tibury—, conscientemente emulan aspectos de la retórica masculina. Eso fue lo que Margaret Thatcher hizo cuando tomó entrenamiento vocal con el objetivo específico de volver su voz más grave, dándole un tono de autoridad, porque en opinión de sus asesores su voz aguda carecía de ella. Y eso está bien, de cierta forma, si funciona. Pero ese tipo de estrategias tienden a dejar a las mujeres sintiendo-se excluidas, como si fueran imitadoras de un rol retórico que sienten que no les pertenece. Siendo francos, que las mujeres actúen como hombres puede ser una solución rápida, pero no llega a la raíz del problema. Necesitamos pensar en los aspectos fundamen-

tales que rigen nuestras operaciones retóricas. No me refiero a la vieja fórmula de que “al fin y al cabo, los hombres y las mujeres hablan idiomas distintos” (si lo hacen, es porque les han enseñado idiomas distintos); es decir, no quiero sugerir que

ojala lo supiera. Estoy segura de que no existe un solo grupo de amigas o compañeras en este país (tal vez en el mundo entero) que no haya discutido los detalles cotidianos de “la cuestión de la Señorita Triggs”, ya sea en una oficina, un comité, una sala de consejo, un seminario o el parlamento. ¿Cómo lo logro que se escuche mi punto de vista? ¿Cómo hago para que noten mi presencia? ¿Qué tengo que hacer para participar en esta discusión? Estoy segura de que algunos hombres también sienten lo mismo. Pero si algo une a todas las mujeres, de todos los orígenes, de todas las ideologías políticas, en todo tipo de negocios y profesiones, es la experiencia clásica de la intervención fallida: Estas en una reunión, argumentas tu punto, surge un breve silencio, y tras unos cuantos segundos incómodos algún hombre sigue hablando de lo que estaba hablando antes. “Lo que estaba diciendo es que...” Es como si nunca hubieras dicho nada, y terminas culpándote a ti misma, tanto como a los hombres que creen que la discusión es su club exclusivo.

Una periodista estadounidense. Otra periodista recibió un tuit que decía, “Deberían arrancarte la lengua”. El objetivo de estas expresiones, crudas y agresivas, es mantener a las mujeres fuera, o lograr sacarlas, del espacio discursivo de los hombres. Es difícil no identificar una ligera conexión entre estos exabruptos enloquecidos de Twitter —la mayoría se quedan sólo en eso— y los hombres que en el parlamento interrumpen a las diputadas con tal fuerza que no se puede escuchar lo que están diciendo (al parecer en el parlamento afgano les desconectan los micrófonos a las mujeres cuando no las quieren escuchar). Irónicamente, la solución bien intencionada que suele recomendarse a las mujeres tras recibir este tipo de amenazas produce exactamente lo que los agresores buscan: su silencio. “No expongas al agresor. No les pongas atención; eso es lo que buscas. Tu sólo quedate callada”, se nos dice. Lo cual equivale a dejar que los *bullies* sigan adueñándose de su parte del patio de juego. Suficiente diagnóstico, ¿cuál es el remedio práctico? Como la mayoría de las mujeres, pienso que

Pero mientras más he analizado las amenazas e insultos que reciben las mujeres, más me he dado cuenta de que caben a la perfección en los viejos patrones de los cuales he estado hablando. Para empezar, como mujer realmente no importa qué postura tomes en torno a un tema: si te aventuras en territorio masculino, el abuso va a llegar a como de lugar. Lo que detona la agresión no es el contenido de lo dicho, es el hecho de que lo estás diciendo. Y eso se ajusta a las características de las intimidaciones en sí. Estas incluyen una variedad bastante predecible: violaciones, bombardeos, asesinato y demás (puede que yo suene relajada al respecto, pero eso no quita que resulta aterrizante cuando la amenaza llega en medio de la noche). Una subcategoría considerable del abuso está dirigida a la mujer: “Tú callate, porque voy a eliminar la capacidad de las mujeres para hablar: Recibi un tuit que decía, “Voy a cortarte la cabeza para violarla”. “Cerdasincabeza” fue el alias de elección de un usuario que amenazaba a



personas que por un momento han perdido todas sus inhibiciones interiores (y que se pueden llegar a disculpar profusamente después). Hay más tristes que villanos. Cuando me siento compasiva, pienso que mucha de la agresión emana de personas que se sienten decepcionadas por las falsas promesas de democratización proclamadas por Twitter, por ejemplo. Se supone que debería ponerlos en contacto directo con aquellos que están en el poder, para abrir así un nuevo tipo de conversación democrática. Y no se logra nada parecido: si le tuiteamos al Primer Ministro o al Papa, lo leerán tanto como si les enviáramos una carta —y, de hecho, el Primer Ministro por lo general ni siquiera escribe los tuits que aparecen con su nombre—. ¿Cómo podría? (Aunque no estoy segura respecto al Papa.) Sospecho que una parte del abuso surge del sentimiento de fracaso generado por esas falsas promesas, de una frustración que se redirige a un objetivo convenientemente tradicional (una “muñer escandalosa”): Las mujeres no son las únicas que se sienten “sin voz”.

comentarios al final de una noticia), y las amenazas de muerte, al ser actos criminales, son distintas del abuso sexista “desagradable”. El blanco de estos ataques incluye a personas de diversa índole, desde familiares en duelo tras la muerte de sus hijos adolescentes, hasta todo tipo de celebridades. Lo que está claro es que muchos más hombres que mujeres son los perpetradores de estas dinámicas de abuso en línea, y atacan a muchas más mujeres que hombres (un estudio académico indica una proporción de 30 mujeres por cada hombre como blanco). Por si sirve de parámetro: yo recibí lo que podríamos llamar una respuesta “inapropiadaamente hostil” (algo que rebasa la crítica justa o incluso un enojo justificable) después de cada ocasión en que hablo en radio o televisión (y yo no he sufrido nada cercano a lo que han sufrido otras mujeres).

El motor detrás de esto, estoy segura, tiene que ver con una multiplicidad de factores. Mucho del abuso surge de jóvenes rebeldes, o personas que han debido demasiado alcohol, otro tanto viene de

interesante aún es otro vínculo cultural que esto revela: cuando una mujer enuncia posturas poco populares, controvertidas o sencillamente distintas, éstas se convierten en indicadores de su estupidéz. No es que estemos en desacuerdo, es que ella es idiota. “Disculpa, querida, es que no enténdes.” He perdido la cuenta de la cantidad de veces que me han llamado “tarada ignorante”.

Estas actitudes, suposiciones y prejuicios están programados en nuestro ser: no en nuestros cerebros (no existe una razón neurológica para que entendamos que las voces graves implican más autoridad que las agudas), sino en nuestra cultura, nuestro lenguaje y milenios de nuestra historia. Cuando pensamos en la sub-representación de las mujeres en la política nacional, en su enmudecimiento relativo en la esfera pública, debemos pensar más allá del Primer Ministro y sus cuates en el Bullingdon Club, más allá del mal comportamiento y la cultura machista de Westminster; debemos pensar incluso más allá de los horarios de trabajo que se adaptan a las necesidades familiares y las

guarderías infantiles (sin importar cuan importantes sean estas cosas). Debemos enfocarnos en temas más fundamentales: cómo hemos aprendido a escuchar las aportaciones de las mujeres. Regresando a la caricatura por un momento, se trata de lo que me gustaría llamar “la cuestión de la Señorita Triggs”. El punto no es que ella logre que sus palabras entren con calzador a la conversación, sino preguntarnos cómo podemos todos volvernos más conscientes de los procesos y prejuicios que nos conducen a no escucharla.

III.

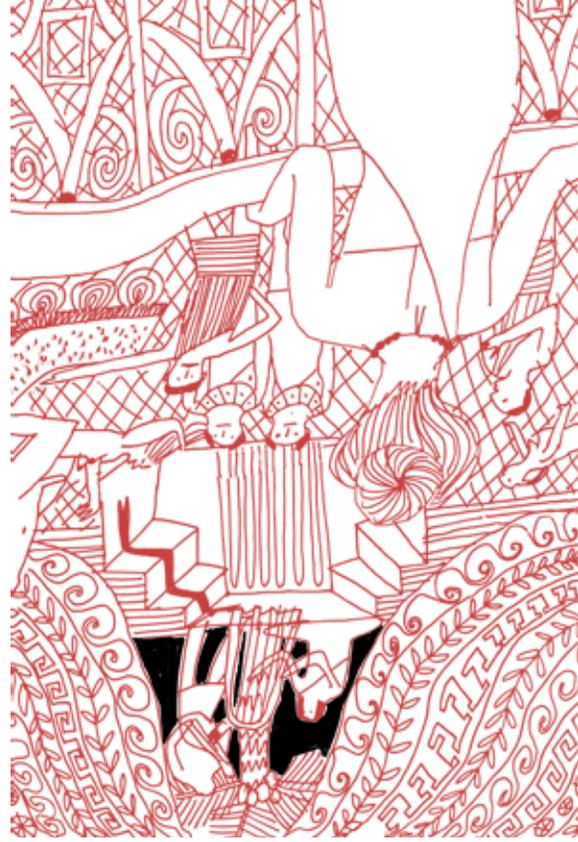
Algunas cuestiones de la voz en relación al género tienen que ver con los *trolls* en internet, las amenazas de muerte y el abuso. Debemos tener cuidado al generalizar con demasiada confianza en torno a los ángulos más repugnantes de internet: estos aparecen en distintas formas (no pasa lo mismo en Twitter, por ejemplo, que en la sección de

Tampoco se tiende a escuchar la voz del experto en la voz de las mujeres, al menos no fuera de las esferas tradicionales de los intereses particulares de las mujeres mismas. Es muy distinto que una mujer que es diputada sea Ministra para las Mujeres (o de Educación o de Salud) a que sea canciller de Hacienda (un puesto que nunca ha sido ocupado por una mujer en Gran Bretaña.) En todos los rubros seguimos observando una resistencia tremenda a la usurpación femenina de territorios del discurso que son tradicionalmente masculinos, ya sea en el abuso lanzado contra Jacqui Oatley por atreverse a salir de la cancha para convertirse en la primera mujer comentarista del programa deportivo *Match of the Day*, o a lo que se enfrentan las mujeres que aparecen en el programa *Question Time*, donde la variedad de temas discutidos suelen entenderse convencionalmente como de “política masculina”. No sorprende que el mismo comentarista que me acusó de “lloriquear” dice organizar un concurso “pequeño y chistoso” para nominar a “la mujer más estúpida en aparecer en *Question Time*”. Mas

que he podido encontrar, tras una rápida búsqueda en Google, el único otro grupo social en Gran Bretaña del cual se dice que “lloriquea” tanto como las mujeres son los capitanes de equipos de fútbol que van perdiendo.)

¿Estas palabras importan? Por supuesto que sí, porque respaldan términos que funcionan para mover la autoridad, fuerza e incluso el humor de lo que las mujeres quieren decir. Son términos que remiten a las mujeres a la esfera doméstica (las personas lloriquean por cosas como tener que lavar la ropa), trivializan sus palabras y las “re-privatizan”. Contrastemos al hombre de la “voz profunda” con todas las connotaciones de profundidad que la palabra “profunda” evoca. Sigue siendo el caso que cuando alguien percibe una voz femenina no escucha una voz que evoca autoridad; o más bien, no han aprendido a escuchar autoridad en ella, no escuchan el *mutthos*. Y no es sólo la voz. Podemos agregar a la lista las arrugas y los rostros con marcas: vistos como signo de madurez y sabiduría en un hombre, pero señal de caducidad en el caso de una mujer.

Por supuesto, hoy en día no hablamos en términos tan simples. O no de la misma manera. Pero me parece que varios aspectos de este conglomerado de ideas tradicionales —que se remonta hasta hace dos milenios— sobre la ineptitud de las mujeres para hablar en público, continúa fundamentando muchas suposiciones, e incomodidades, en torno a la voz femenina en el espacio público. Consideremos el lenguaje que usamos hoy en día para describir el sonido del habla de las mujeres, y veremos que no estamos tan lejos de James o de los romanos que nos daban cátedra. Al argumentar a favor de algo, al luchar desde su esquina, al atreverse a hablar, ¿qué se dice de las mujeres? ¿Que son “estridentes”, “quejumbrosas”, que “chillotean”. Tras un episodio especialmente nauseabundo de comentarios en internet en torno a mis genitales, tuiteé (con bastante valor, yo pensé) que todo ello me dejaba “sin palabras”. Esto fue reportado por un comentarista en una revista inglesa de amplia circulación en los siguientes términos: “La misoginia me deja ‘sin palabras’, lloriqueó”. (Por lo



probable que en efecto hayan surgido de fuentes clásicas). Bajo la influencia de las mujeres estadunidenses, insistía James, el lenguaje se encuentra en riesgo de convertirse en un “género balbuceo o revoltillo, un baboso sin lengua, un gruñido o un chillido”; sonará como “el mugir de la vaca, el rebuznar del asno, el ladrido del perro”. (Nótese los ecos a Filomela sin lengua, al mugido de Ío y al ladrido de la mujer oradora en el foro romano.) James fue uno entre muchos. En una cruzada por establecer estándares adecuados para el discurso público en Estados Unidos, algunos de sus notables contemporáneos alabaron el dulce silbido doméstico de la voz de las mujeres, mientras se oponían por completo a su uso en el resto del mundo. Hubo todo un escándalo en torno a los “tonos finos y naturales” del discurso público de las mujeres, sobre sus “vibraciones, resoplidos, sorbidos, gimoteos y relinchidos”. “En nombre de nuestros hogares, de nuestros hijos, de nuestro futuro, de nuestra honra nacional”, escribía James, “¡no nos permitamos tener mujeres así!”

las mujeres ni siempre, ni de manera consistente. Existen incontables ejemplos de esfuerzos por abordar a las mujeres del discurso público muy al estilo de Telémaco. Quien haya leído *Las bostonianas* de Henry James, novela publicada en la década de 1880, recordará que uno de los temas principales del libro es el silenciamiento de Verena Tarrant, una joven activista y oradora feminista. Conforme se acerca a su pretendiente, Basil Ransom (un hombre dotado de una voz profunda y grave, enfatiza James), ella se percibe poco a poco menos capaz de hablar en público como lo hiciera antes. Ransom vuelve a privatizar su voz, insistiendo en que ella sólo le hable a él. “Guarda tus reconfortantes palabras sólo para mí”, le dice. Es difícil discernir el punto de vista de James en la novela — Ransom, por su parte, no resulta particularmente simpático—. Pero en sus ensayos James deja clara su postura. Ahí escribió sobre los efectos contaminantes, contagiosos y socialmente destructivos de la voz de las mujeres, usando palabras que podrían provenir de la pluma de un romano del siglo II (y es

míticas como las de Isabel en Tillybury. La versión autorizada fue escrita casi una década después de que Sojourner Truth dijera lo que sea que haya dicho —y fue entonces cuando el famoso estribillo, que es casi seguro no dijo, fue incluido—. Al mismo tiempo, sus palabras fueron traducidas a un acento sureño, para acompañar el mensaje abolicionista, sin importar que ella fuera del norte y hubiera crecido hablando holandés. No estoy argumentando que las voces de las mujeres que surgen en defensa de las causas de las mujeres no sean importantes, pero sigue siendo el caso que su discurso público ha sido, por siglos, relegado a ese nicho. Aquí supongo que debería señalar —antes de que alguien más lo haga— un detalle sobre el tema de mi discurso esta noche. Nadie me lo impuso. Pero no es coincidencia que elija hablar sobre “la voz pública de las mujeres” en lugar de, digamos, migración o la guerra en Siria. Probablemente yo misma deba confesar que pertenezco a ese nicho. La verdad es que incluso esa temática, donde gozamos de licencia, no ha estado disponible para

Al analizar las tradiciones modernas de oratoria, vemos que las mujeres siguen teniendo permiso de hablar en público únicamente en defensa de sus propios intereses o para exhibir su calidad de vic-timas. Si buscamos las contribuciones de mujeres en esos curiosos compendios llamados “los cien mejores discursos de la historia” y similares, encontramos que los más destacados, desde Emmeline Pankhurst hasta el discurso de Hillary Clinton ante la conferencia de la ONU en Beijing, tratan sobre mujeres. Lo mismo sucede con el ejemplo de oratoria femenina que posiblemente ha sido más antologizado, el discurso de 1851 “Acaso no soy yo una mujer” de Sojourner Truth, la abolicionista y defensora estadounidense de los derechos de la mujer que fuera esclava. “Acaso no soy yo una mujer”, se supone que dijo. “He dado a luz a 13 hijos y he visto a casi todos convertirse en esclavos, vendidos, y cuando lloré con mi dolor de madre, ¡nadie más que Jesús me escuchó! Y acaso no soy yo una mujer...?” Debo decir que no importa cuán influyentes hayan sido estas palabras. Son casi tan

como andróginas anormales, como Maesia, quien se defendió en el foro. El caso más obvio es el llamado beligerante de la reina Isabel I a sus tropas en Tillybury en 1588, de cara a la armada española. Con las palabras que muchos memorizamos en la escuela, ella parece apropiarse de su propia androginia: “Sé que tengo el cuerpo de una débil y enferma mujer, pero tengo el corazón y el estómago de un rey, y de un rey de Inglaterra, además”. Es extraño que pidamos a las mujeres jóvenes memorizar esta consigna. De hecho, es muy probable que Isabel jamás haya dicho tal cosa. No existe una versión del discurso escrita con su puño y letra, ni tampoco de sus discursistas, ningún testigo de primera mano. La versión canónica proviene de una carta escrita por un comentarista poco fiable que cargaba con sus propios intereses, escrita casi cuarenta años después. Para mis efectos, la probable ficción del discurso lo hace aún mejor: la vuelta de tuerca es que el escritor de la carta, un hombre, planta la boca de Isabel.

decimonónicos que concibieron y consagraron la mayoría de las reglas y procedimientos parlamentarios que ahora nos parecen tan familiares, vienen, precisamente, de las teorías clásicas y de las consignas y prejuicios que he mencionado. De nuevo, nosotros tan sólo las víctimas ingenuas de nuestra herencia clásica, pero esta tradición nos ha proporcionado un poderoso patrón de habla pública para decidir si una oratoria es buena o mala, persuasiva o no persuasiva, y la voz de quién debe escucharse en el espacio público. Y es evidente que el género es una parte importante del coctel.

Basta con echar una mirada superficial a la tradición moderna occidental de producción de discursos —al menos hasta el siglo XX— para notar la frecuencia con la que se repiten muchas de las temáticas clásicas que he mencionado. Las mujeres que reclaman su acceso a la voz pública son tratadas

la cual somos aún, directa y a menudo indirectamente, herederos. No quiero exagerar. La cultura occidental no le debe todo a los griegos y a los romanos, ni con respecto al habla ni a cualquier otra cosa (gracias al cielo no es así; a nadie le gustaría vivir en un mundo grecorromano). Existen todo tipo de variantes compitiendo por ejercer influencia sobre nosotros, pero nuestro sistema político ha derrocado, por suerte, muchas de las certezas en torno al género que caracterizaron a la Antigüedad. Sin embargo, es todavía un hecho que nuestras propias tradiciones de debate y discurso público, sus convenciones y reglas, siguen estando en gran parte bajo la sombra del mundo clásico. Las técnicas modernas de retórica y persuasión, formuladas en el Renacimiento, surgieron de discursos y manuales de la Antigüedad. Incluso nuestros propios términos de análisis retórico se pueden rastrear hasta Aristóteles y Cicerón (es común señalar que Barack Obama, o sus discursistas, aprendieron sus mejores trucos de Cicerón). En cuanto al parlamento inglés, aquellos caballeros

O, como aguda era signo de cobardía femenina. O, como insistían otros escritores clásicos, el tono y timbre del habla de las mujeres amenazaba con subvertir no sólo a la voz del orador masculino, sino también a la estabilidad social y política, a la salud del Estado mismo. De tal forma, otro gurú y orador del siglo II, Dio Chrysostom —cuyo nombre elocuentemente significa *Dio Boca Dorada*— pidió a su público que imaginara “a una comunidad entera asediada por la siguiente afflictión: todos los hombres, de un instante a otro, adquieren voz de mujer, y ningún hombre —niño o adulto— puede articular en tono masculino. ¿No sería aquello más difícil de tolerar que cualquier peste? Sin duda, ante este escenario, pedirían ayuda en el santuario y consultarían con los dioses para propiciar con obsequios una intervención divina”. Y no bromaba.

Lo que busco recalcar es que no se trata de la ideología particular de alguna cultura lejana. Lejana en tiempo, tal vez. Pero ésta es la tradición del habla marcada por el género —y también la teorización del habla en relación al género— de



hablando de una exclusión del discurso público incluso más profunda. Una que ejerce gran influencia —más de la que estamos dispuestos a reconocer— sobre nuestras propias costumbres, convenciones e ideas sobre la voz de las mujeres. Me refiero a que el habla pública y la oratoria no eran tan sólo cosas que las mujeres no hacían en la Antigüedad: se trataba de prácticas exclusivas y de habilidades que definían a la masculinidad como género. Como vemos con Telémaco, convertirse en hombre —y estamos hablando de un hombre de elite—, implicaba reclamar el derecho de poder hablar. El discurso público era uno de los atributos —si no es que el atributo definitorio— de la masculinidad. Una mujer hablando en público, en la mayoría de las circunstancias, por definición, no era una mujer. A lo largo y ancho de la literatura de la Antigüedad, una y otra vez, se hace hincapié en la autoridad que posee la profunda voz masculina. Un tratado científico antiguo lo planteó de manera explícita, indicando que una voz grave era señal de valentía masculina, mientras que una voz

en cuestión — de nombre Hortensia — se sale con la suya porque actúa explícitamente como portavoz de las mujeres de Roma cuando les imponen un impuesto adicional para financiar una guerra cuestionable. En otras palabras, las mujeres pueden, en circunstancias extremas, defender sus intereses en público, pero no pueden hablar en representación de los hombres ni de la comunidad completa. En general, como lo planteara un gurú del siglo II de nuestra era, “una mujer debe guardar modestia al exponer su voz ante los extraños, así como guarda modestia evitando quitarse la ropa”.

Sin embargo, hay mucho más en todo esto de lo que se puede ver a primera instancia. Este “múltimo” no es sólo un reflejo de la generalizada falta de poder de las mujeres en el mundo clásico: un inexistente derecho a votar, una limitada independencia legal y económica, y más. Las mujeres de la Antigüedad evidentemente no tenían incentivos para levantar la voz en una esfera política donde no tenían influencia alguna. Pero aquí estamos

le mientras las lanzaban a los leones, y en una anécdota bien conocida de la historia temprana de Roma, la virtuosa Lucrecia, tras ser violada por un cruel príncipe de la monarquía reinante, da un discurso en parte para denunciar al violador y también para anunciar su propio suicidio (o así presentaron la escena los escritores romanos. ¿Qué pasó en realidad? No tenemos idea). Pero incluso esta oportunidad de hablar, más bien amarga, podía ser arrebatada. Una de las historias de las *Metamorfosis* narra la violación de una princesa joven, Filomela. Para prevenir una denuncia al estirio de Lucrecia, el violador simplemente le corta la lengua a Filomela. La imagen se retoma en *Titus Andronicus*, donde la lengua de Lavinia, a quien La segunda excepción nos resulta más familiar: En ocasiones las mujeres podían llegar a hablar en público legítimamente para defender sus hogares, a sus hijos, a sus esposos o los intereses de otras mujeres. En el tercer ejemplo de oratoria femenina discutida por el antólogo de romano, la mujer

“mujeres cuya condición natural no fue suficiente para mantenerlas llamadas en el foro”. Sus descripciones son reveladoras. La primera, una mujer de nombre Maesia, se defendió a sí misma con éxito ante los tribunales, y “dado que en verdad tenía la naturaleza de un hombre detrás de la apariencia de una mujer, se le llamó la ‘andrógina’”. La segunda, Afrania, solía iniciar casos legales ella misma y era tan “imprudente” como para abogar en persona, al punto de que todos se cansaron de sus “ladridos” o “aullidos” (se le sigue restringiendo el habla humana). Se nos dice únicamente que murió en el año 48 antes de nuestra era, dado que “con anormales como ésta es más importante registrar cuando murieron que cuándo nacieron”.

En el mundo clásico existen sólo dos excepciones a la idea de la voz pública de las mujeres como abominación. Primero, se les permite a las mujeres hablar en público como víctimas o como mártires, casi siempre como prefacio a su propia muerte. Se representaba a las mujeres cristianas de la Antigua defendiendo con vehemencia su

en que las mujeres no podían hablar en público de forma adecuada. O más bien, que eran incapaces de adaptar su habla privada, en gran parte ligada al sexo, al elevado lenguaje de la política masculina. En el mundo romano, las *Meimorfosis* de Ovidio —esa extraordinaria épica mitológica sobre personas que cambian de forma (y posiblemente la obra literaria que ha ejercido mayor influencia en Occidente después de la Biblia)— regresa una y otra vez a la idea del silenciamiento de las mujeres como parte de su proceso de transformación. Júpiter convierte a la desdichada Io en vaca para que ya no pueda hablar y sólo pueda mugir. A su vez, la niña parianchima Eco es castigada de tal forma que su voz no volverá a ser suya, sino tan sólo un instrumento para repetir las palabras de los otros. (En la famosa pintura de Watrouse ella observa a su desecado Narciso sin poder iniciar una conversación, mientras que él se ha enamorado de su propia imagen en el estanque.) En el siglo I de nuestra era, un entusiasta antólogo romano fue capaz de compilar sólo tres ejemplos de

cuál tendemos a caer con cierta facilidad. Sin duda, la palabra “misoginia” es una de las formas posibles de describir lo que está pasando. (Es difícil encontrar un término más apto cuando sales en un programa de debate en televisión y acto seguido recibes un montón de tuits comparando tus genitales con una amplia variedad de verduras podridas.) Incluso cuando las mujeres no son silenciadas, terminan pagando un precio muy alto por ser escuchadas. Si queremos entender lo que pasa y hacer algo al respecto, entonces debemos reconocer que la cuestión es un poco más complicada y tiene una larga historia de fondo.

El exabrupto de Télemaco es tan sólo el primer ejemplo de una larga lista de intentos —en su mayoría infructuosos y que se extienden hasta la Antigüedad grecorromana— de excluir a las mujeres del habla pública y al mismo tiempo presumir de esa exclusión. A inicios del siglo IV antes de nuestra era, Aristófanes dedicó toda una comedia a la “hilarante” fantasía de que las mujeres pudieran tomar el control del Estado. Parte del chiste consistía

una magnífica parodia en una caricatura clásica de la revista *Punch*: “Esa es una excelente sugerencia, Señorita Triggs. Quizás alguno de los hombres que están presentes quiera hacerla”. Me interesa pensar cómo esto se relaciona, incluso hoy en día, con el abuso al que son sometidas las mujeres que hablan en público. Una de las preguntas en el fondo de mi mente gira en torno al vínculo que existe entre defender en público la imagen de una mujer en un billete, las amenazas en Twitter sobre violación y decapitación y el menosprecio de Télemaco por Penélope.

Mi objetivo —y reconozco la ironía de que me sea concedido este espacio para abordar el tema— es un análisis a largo plazo, a muy largo plazo, sobre la relación culturalmente incómoda que existe entre la voz de las mujeres y la esfera pública donde se produce el discurso, el debate y el comentario: la política en el sentido más amplio del término, desde la oficina hasta el parlamento. Espero que al considerar este análisis a largo plazo podamos superar el diagnóstico simple de misoginia en el

voces de las mujeres comienzan a no ser escuchadas en la esfera pública. Aún más, según lo postula Homero, la escena muestra que crecer y convertirse en hombre significaba silenciar a las hembras de la especie y aprender a tomar el control de la enuncianción pública. Las palabras específicas que Telémaco utiliza también son significativas. Cuando él dice que “hablar les compete a los hombres”, la palabra que usa es *muthos*, pero no en el sentido en que ha llegado hasta nosotros a través de la palabra “mito”. En griego homérico el término se refiere al habla pública autorizada, no al tipo de plática, cotarro o chisme que cualquiera—incluidas las mujeres, o en particular las mujeres— pueden practicar.

Lo que me interesa aquí es la relación entre ese instante homérico clásico del silenciamiento de una mujer y el hecho de que las voces de las mujeres no sean escuchadas en público en nuestra cultura contemporánea y en nuestra política, desde el parlamento hasta la fábrica. Se trata de una sordera por demás conocida y de la que puede encontrarse

pretendientes que la presionaban para casarse de nuevo. Pero la *Odisea* es también la historia de Telémaco, el hijo de Odiseo y Penélope; es la historia de su crecimiento, de cómo a lo largo del poema madura y se transforma de niño en hombre. El proceso se detona en el primer canto, cuando Penélope baja de sus aposentos y al entrar al gran salón se encuentra con un bardo entreteniendo a la multitud de sus pretendientes. La canción narra las dificultades que enfrentan los héroes griegos al tratar de regresar a casa. A ella no le parece divertido, y frente a todos le pide al músico que elija una canción más alegre. Entonces el joven Telémaco interviene. “Madre”, le dice, “tú vete a tus aposentos de nuevo y atiende a tus propias labores, al telar y a la rueca [...] hablar les compete a los hombres y de entre todos a mí, porque yo tengo el poder en la casa”. Y ella se va, de regreso a su habitación.

Hay un dejo de ridiculiz en la imagen de este mocososo callando a la astuta y madura Penélope. Pero la escena muestra cómo, a la par que se ins-taura el registro escrito de la cultura occidental, las

I.

Quiero comenzar muy al principio de la tradición de la literatura occidental, con el primer ejemplo registrado de un hombre diciéndole a una mujer que “se calle”, diciéndole que su voz no debe ser escuchada en público. Pienso en una escena que ha quedado inmortalizada al inicio de la *Odisea*. Tendemos a creer que la *Odisea* es la historia de Odiseo, de las aventuras y retos que enfrentó en su camino de regreso a casa, tras la Guerra de Troya, mientras Penélope lo esperaba fielmente, durante décadas, manteniendo a distancia a los

LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES
MARY BEARD



Los ensayos de Mary Beard y Rebecca Solnit hablan de esa transgresión al mismo tiempo que la ejercen. Desobedecen e invitan a la desobediencia, porque, en nuestro contexto, la obediencia significa muerte. En México hoy, defender el derecho a la voz es defender el derecho a la vida.

Tlatelolco, Ciudad de México, México
Mayo de 2017

Solnit en *Los hombres me explican cosas* es, en principio, un mandato divino asimilado con tal profundidad en la cultura, que continúa operando sin cuestionarse, incluso en contextos laicos. No importa cuánto avancemos en materia de derechos, mientras permanezcan intactos estos gestos aprendidos, casi superstitiosos a las que damos categorías de verdad, el patriarcado se mantendrá a salvo. De ahí la importancia de que, en contextos como el mexicano, donde la violencia en contra de las mujeres es brutal, no sólo nos ocupemos de recuperar la potestad sobre nuestros cuerpos y sobre el espacio público, sino también sobre nuestras voces. Fenómenos como las cuentas de *trolls* en internet revelan cómo la violencia patriarcal, que es una violencia normativa cuya función es la preservación del sistema, muta y se adapta a los nuevos formatos. No sólo las activistas, sino cualquier mujer con una voz pública en la actualidad es atacada y amenazada con “castigos” y “escarmientos”, porque la voz femenina, cuando es escuchada, representa una transgresión inaceptable.

cristiana, se volviera obsceno que una mujer hablara en público.

En I Corintios 14:34-35, se lee: "Vuestras mujeres callen en las congregaciones porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos, porque es obsceno que una mujer hable en la congregación". Y en Timoteo 2:11-12: "La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no le es permitido a la mujer enseñar ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio". Corintios y Timoteo son cartas del apóstol Pablo cuya finalidad era regir y unificar el comportamiento de las primeras iglesias cristianas, y continuaban siendo vigentes y tomadas como "palabra de Dios" en todas las congregaciones (católicas, por supuesto) del mundo en la actualidad.

Esa es la tradición que rige en Occidente y sobre la que se sostiene su moral, seamos o no creyentes: la mujer calla, el hombre enseña. El machoexplicar, fenómeno que describe por primera vez Rebecca

de la casa". No importa que sea apenas un chiquillo, su voz ya tiene mayor autoridad que la de su madre. Cuenta Homero que Penélope, después de ser reprendida, le obedece y se retira.

Para la tradición griega, el silencio no sólo es un castigo moral, es una característica esencial de la condición femenina. En Grecia, las mujeres no eran consideradas ciudadanas, y eso significaba que no podían hablar ante tribunales o en el ágora. El efecto resultaba similar a lo que ocurre con la niña Eco, quien es condenada a sólo poder repetir lo que dicen otros, ¡qué metáfora más atroz del adictinamiento! Aun así, había excepciones, las mujeres podían hablar por otras mujeres o sobre asuntos que "les correspondían", como los hijos y la crianza. Incluso hubo mujeres poetas, filósofas, sacerdotisas e incluso regentes y abogadas. Pero cuando se impuso la religión cristiana las mujeres fueron silenciadas definitivamente. En el tránsito entre uno y otro régimen, no hubo mensaje más claro que el destino de Hipatia de Alejandría, desollada y desmembrada viva. Para la tradición

caso de la educación de los niños, se convierte de forma automática en una tarea femenina. Como en todo, existen excepciones, pero sabemos que las excepciones, en una cultura patriarcal como la nuestra, se cobran caro. Una mujer que habla en público sin pudor es un blanco, no sólo de críticas insidiosas sino de todo tipo de violencias, desde los insultos hasta las amenazas y las persecuciones.

¿Qué autoriza la voz de los hombres sobre la de las mujeres?; se pregunta Mary Beard, una de las clasicistas más importantes en la actualidad, ¿de dónde viene este mandato que nos enseña a

callar y a escuchar? En su ensayo, *La voz pública de las mujeres*, Beard sitúa un momento fundacional de este silenciamiento en la *Odisea*. Telémaco, siendo apenas un muchacho adolescente, manda callar a Penélope, su madre, y la insta a ocuparse de la servidumbre y otros asuntos femeninos. En ausencia de Odiseo quien, habríamos de recordar, se encuentra peleando una guerra que inició con el rapto de una mujer como si se tratara de una mercaña, Telémaco ha asumido el papel de “hombre

A la palabra pública, vale aclarar, porque debemos entender que las palabras valen dependiendo quién las dice.

En el patriarado, la palabra pública —aquella que debe ser escuchada, que tiene autoridad para silenciar a otras mientras se ejecuta— les pertenece sólo a los hombres. Regresemos al término “autoridad”. En nuestra cultura, la voz de los hombres es, casi axiomáticamente, una voz autorizada, en principio, para hablar por el resto de la especie humana. Es por eso que la producción discursiva de los hombres tiende a universalizarse mientras que la de las mujeres queda sujeta a categorías como “temas de género”, “literatura femenina”, “cosas de mujeres”, chismes y otras nimiedades.

En segunda instancia, la voz de los hombres está autorizada para enseñar. A ellos les fue dado —por razones tanto históricas como estructurales— el papel de descubrir el mundo, nombrarlo, conquistarlos y, además, instruirnos al respecto de estas hazañas. Por supuesto, cuando la enseñanza debe ir adjunta a una labor de cuidado, como es el

PREFACIO
TANIA TAGLE

No existe en la historia de la humanidad un sometimiento —político, económico e incluso religioso o espiritual— que no inicie con un silencio. La desaparición de cientos de lenguas como consecuencia del colonialismo y el nacionalismo da cuenta de ello desde hace siglos. No hay régimen totalitario que no se encuentre sostenido por el silencio de todos aquellos quienes se erige. El derecho a la vida y a la dignidad siempre ha estado determinado por el derecho a la palabra.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Secretario General

Dr. Domingo Alberto Vidal Diaz

Coordinador de Humanidades

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez

Directora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM)

COMITÉ EDITORIAL CRIM

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez

Presidenta

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez

Secretaria Técnica del CRIM

Dra. Verónica Vazquez Garcia

Profesora-investigadora del Programa de Posgrado en Desarrollo Rural

Colégio de Posgraduados

Dra. Elisa María Gross y Anzaldúa

Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Dr. Carlos Javier Echarrí Canovas

Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

Dra. Mariabel Ríos Everardo

Secretaria Académica del CRIM

INVITADA PERMANENTE

Mtra. Yuriria Sánchez Castañeda

Jefa del Departamento de Publicaciones del CRIM

INVITADA PERMANENTE

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Graue Wiechers

Rector

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Secretario General

Dr. Domingo Alberto Vidal Diaz

Coordinador de Humanidades

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez

Directora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM)

COMITÉ EDITORIAL CRIM

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez

Presidenta

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez

Secretaria Técnica del CRIM

Dra. Verónica Vazquez Garcia

Profesora-investigadora del Programa de Posgrado en Desarrollo Rural

Colégio de Posgraduados

Dra. Elisa María Gross y Anzaldúa

Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Dr. Carlos Javier Echarrí Canovas

Profesor-investigador del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México

Dra. Mariabel Ríos Everardo

Secretaria Académica del CRIM

INVITADA PERMANENTE

Mtra. Yuriria Sánchez Castañeda

Jefa del Departamento de Publicaciones del CRIM

INVITADA PERMANENTE



ANTILOPE

habla

LA VOZ PÚBLICA DE LAS MUJERES
MARY BEARD

Traducción: Marina Álamo Bryan
Ilustración: Renuka Rajiv

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2017

DESBOBLE

habe

